

# En la casa de Saulo

martes, 31 de julio de 2007

Modificado el lunes, 18 de agosto de 2008

## EN LA CASA DE SAULO

MÁsica de Papagüevos

Por Santiago Gil

No sÃ³lo jugÃ¡bamos en la calle. Los dÃ-as de lluvia buscÃ¡bamos refugio en nuestra casa o en las casas de nuestros amigos hasta que escampaba. Los niÃ±os Ã©ramos como las moscas o los pÃ¡jaros y ya sabÃ-amos desde que empezaba el dÃ-a cÃ³mo iba a estar el tiempo. TodavÃ-a conservÃ¡bamos un sexto sentido mÃ;s en contacto con la naturaleza, una especie de herencia atÃ³nica que luego hemos ido perdiendo con el paso de los aÃ±os y el alejamiento de la tierra mojada.

## EN LA CASA DE SAULO

MÁsica de Papagüevos

Santiago Gil

Para Saulo y Laura, que habitan el espacio en el que en otro tiempo tuvimos un rincÃ³n de nuestro paraÃ-so

No sÃ³lo jugÃ¡bamos en la calle. Los dÃ-as de lluvia buscÃ¡bamos refugio en nuestra casa o en las casas de nuestros amigos hasta que escampaba. Los niÃ±os Ã©ramos como las moscas o los pÃ¡jaros y ya sabÃ-amos desde que empezaba el dÃ-a cÃ³mo iba a estar el tiempo. TodavÃ-a conservÃ¡bamos un sexto sentido mÃ;s en contacto con la naturaleza, una especie de herencia atÃ³nica que luego hemos ido perdiendo con el paso de los aÃ±os y el alejamiento de la tierra mojada. De niÃ±os no tenÃ-amos miedo a los animales. El miedo viene luego con la racionalizaciÃ³n de los sueÃ±os, las fobias heredadas y cuatro pelÃ-culas o leyendas mal asimiladas en su momento. Nos meten el miedo en el cuerpo para intentar tenernos controlados. Y lo primero que hacen es robarnos la bendita libertad de seguir haciendo lo que a uno le da la real gana, que es lo que hacÃ-amos cuando Ã©ramos niÃ±os, jugar, dejarnos llevar, disfrutar cada segundo de nuestra existencia y preocuparnos sÃ³lo cuando algo se interponÃ-a entre la diversiÃ³n y nosotros.

La lluvia era una de nuestras mÃ;s enconadas enemigas. Las calles mojadas no eran aliadas de las bicicletas y los balones, ni tampoco del callejero en busca de aventuras. No quedaba mÃ;s remedio que buscar refugios para seguir jugando. Y la Casa de Saulo, en la Calle del Medio, era sin duda uno de nuestros refugios preferidos. Por allÃ- andaba un gato siamÃ©s abÃºlico y gandul que era de la TÃ-a Seita, o el genio de la tÃ-a de Quica yendo de un lado para otro y sacÃ¡ndonos a todos nosotros la memoria de nuestros padres y abuelos, con todo el anecdotario socarrÃ³n tan propio de nuestros mayores. Y luego la tÃ-a Carmencita, que recuerdo que fue a la primera mujer que yo vi fumar, y ademÃ;s MecÃ¡nico. Nos quedÃ¡bamos mirando para ella alucinados. No era el prototipo de seÃ±ora mayor que veÃ±amos por GuÃ-a. TenÃ-a mucho carÃ¡cter, se dirigÃ-a a nosotros de tÃº a tÃº y poniendo los puntos sobre las Ã-es cuando hacÃ-amos algo mal, y ademÃ;s no se casaba con nadie. Con los aÃ±os la pude conocer mÃ>s en el Puerto de Las Nieves, donde siempre iba con sus perros con nombres de personas y su cigarro pegado a la comisura de los labios. A mÃ-si me dieran a elegir la vejez no desdeÃ±arÃ-a un paisaje como el del Puerto de Las Nieves de hace treinta aÃ±os y tres o cuatro perros para pasear al atardecer. Pude despedirme de ella un dÃ-a en que TomÃ¡s-n se metiÃ³ como se metÃ-a siempre por el hospital de San Roque, igual que Mateo por su casa, y se empeÃ±Ã³ en ir a saludarla. Ã‰l me decÃ-a que querÃ-a ir a ver a alguien a quien nombraba Ela, Meeela o algo parecido, que yo no era capaz de descifrar. Â•bamos camino de la presa, pero no hubo manera de detenerlo. Cuando lleguÃ© frente a Carmencita, o Canca, que creo que es como la llamaba siempre su sobrino Braulio, se me puso un nudo en la garganta. No podÃ-a hablar, pero te seguÃ-a marcando el paso con los ojos, y les aseguro que los cruces de miradas entre ella y TomÃás-n todavÃ-a los conservo como si estuvieran generando la misma electricidad emotiva de aquel instante.

En la Casa de Saulo estÃ¡bamos bajo la supervisiÃ³n de su madre, Mercedes Gloria, que tambiÃ©n tenÃ-a la facultad de saber hablarnos a los niÃ±os como si fuÃ©ramos adultos. QuizÃ¡ hable de esta casa porque estaba situada entre mis dos paraÃ-sos infantiles, el de San Roque y Las Barreras y el de La Plaza y el Barranco. Por allÃ- parÃ¡bamos todos en las subidas y bajadas de las pendientes, siempre corriendo, por supuesto, o haciendo el payaso, o lanzados en bicicleta con el riesgo de rompernos la cabeza en cualquier esquina.

En la Casa de Saulo reinaba el Monopoly. Los demÃ;s podÃ-amos tener el juego de marras, pero no era lo mismo, no

tení-a el mismo cachí-jugar en tu casa o en cualquier otro lugar que jugar allí- con toda la tropa de amigos peleando por la calle de Alcaláj o Leganitos. Voy a nombrar a alguno de los que parábamos por allí- a menudo, aunque de entrada sí- que me voy a dejar a muchos en el olvido. Allí van los que me vienen ahora a la mente: Carlos Aguiar, Pedro Silvela, Martín Julio Suárez, Víctor Aguiar, Francisco Talavera, Antonio y Jerónimo Vera, Tano Mateos, Julio y Rubén Padrón, Octavio Estévez, Miguel Ángel Saavedra, Luis Marino, Quique Miranda, Santiago Bañolas, Isaac, Juanjo Trujillo, Sergio Aguiar, Máximo Bautista, Alex Estévez, Javier Mateos, Francisco Aguiar, José Juan Moreno o Pepe Roque (la casa de éste último era para todos nosotros el paraíso soñado por la cantidad de juguetes y cachivaches que había por todas partes). Se me quedan muchos atrás, lo sé, y cualquier error es una falta de respeto a quienes creamos poco menos que hermanos.

La Casa de Saúl fue testigo de nuestros sueños y de nuestros deseos para el porvenir. No sé si luego a alguno de nosotros se le cumplió ese sueño prematuro que con el tiempo seguro que se fue perfilando de otra manera hasta casi diluirse o parecerse muy poco al original. Saúl tenía el balón del que ya hablaba en otro relato: un balón que nunca recuerdo nuevo y que yo creo que duró toda nuestra infancia, con aquel peso justo para que no te doliera al rematar de cabeza y la textura casi aterciopelada del cuero ajado y curtido en mil batallas. Pero cuando hablo de la Casa de Saúl hablo también del zaguán, de la acera que estaba delante o de la azotea, con esa magia y esa incitación a la aventura que tienen muchas de las azoteas de Guía. En aquella casa, por ejemplo, nos decantamos en la final del Mundial 78 por Holanda o por Argentina. Recuerdo que era el cumpleaños de Saúl. Yo iba con Argentina, por la influencia de Carnevalli, Brindisi y compañías, aunque incomprendiblemente ninguno de aquellos argentinos de Las Palmas jugó el Mundial, y también por Mario Alberto Kempes, uno de mis grandes ídolos de mi infancia futbolera. Esa final se ha convertido en una de las imágenes que se siguen presentando nítidas con el paso de los años. Igual hablo con Saúl o con alguno de los amigos de entonces y ni siquiera se acuerdan. Puede pasar. De hecho yo creo que para recordar deberíamos reunirnos con todos los amigos de la infancia para que cada uno fuera relatando ese momento inolvidable que seguro que el resto no recuerda, entre otras cosas porque los momentos sublimes e inolvidables de cada cual son tan subjetivos como la vida misma. Y también porque la memoria suele hacer con nosotros lo que le da la real gana, aunque por suerte sí- es verdad que tiene tendencia a olvidar lo más funesto, y de hecho gracias a esos olvidos necesarios podemos seguir sobreviviendo más o menos dignamente.

Casi todos los amigos que coincidíamos en la Casa de Saúl estudiábamos juntos durante muchos años, la mayor parte de ellos con Nicolás Aguiar en el colegio que hoy lleva su nombre. Nos unía el callejero constante, la búsqueda del juego y un solidario sentido de la diversión y de la propia existencia. A muchos no los veo hace años, y sin embargo cuando nos encontramos nos basta una mirada o un pequeño gesto para recocernos casi como hermanos. No en vano juntos fuimos descubriendo el mundo en las cuatro calles que ahora parecen tan poca cosa, pero que entonces no tenían límite porque nuestra calle no eran sólo unos cuantos adoquines y unas estrechas aceras por las que jamás recuerdo que fuimos caminando. Cada paso valía su peso en oro y no nos permitíamos jamás perder el tiempo. Siempre estaba la imaginación revoloteando como aquellas mágicas mariposas de colores que andábamos esperando desde que veímos los capullos de seda en los muros y las paredes. Al final ni las mariposas ni nosotros logramos que se eternizara la primavera.

Septiembre de 2006.

IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL